

el pleno ejercicio de sus poderes y facultades. Desde este presupuesto, enuncia una provocativa tesis: "yo no quiero hablar de Dios en los límites, sino en el centro, no en las debilidades, sino en la fuerza; esto es, no a la hora de la muerte y de la culpa, sino en la vida y en lo bueno del hombre"⁴. Si en la vida humana existen zonas de miseria, ellas están para que el hombre las remedie y no para que se aproveche de las mismas para "hacerle sitio" a una divinidad. En el mismo aspecto, hay que resaltar la repulsa de nuestro teólogo a practicar cualquier tipo de "extorsión" religiosa, ese proceder que obliga a "abalanzarnos sobre unos pocos desdichados en sus momentos de debilidad y, por decirlo así, violarlos religiosamente"⁵.

Resulta complicado encajar, en la tradicional figura del mártir cristiano, la del conspirador a un orden político legalmente constituido. Porque es precisamente su fe comprometida, solidaria con los sufrimientos de los hombres de su tiempo, la que hace que este seguidor de Cristo se entregue a una acción política violenta. La hermenéutica práctica adquiere en este caso particular una evidencia extrema. El prisionero de Tegel va tomando conciencia de la necesidad de una revisión en el modo de concebir la relación teoría-praxis, tratando así de renunciar al papel de mero espectador en beneficio de la praxis comprometida: "Sólo pensaréis aquello de lo que os habréis de responsabilizar por vuestra acción"⁶. La vida de Bonhoeffer como resistente político constituye un "caso límite", que pone en evidencia la dificultad de discernimiento del compromiso terrestre en la tarea de asumir la complejidad del mundo. Es así como adquiere la certeza de que "mi misión consistía precisamente en soportar esta situación extrema con toda su problemática"⁷.

Dietrich Bonhoeffer, hombre que se tomaba la vida muy en serio, hizo frente a la llamada de los hombres y de la historia en arriesgada opción y en asunción de responsabilidades: "Tenemos que aprender a actuar de otra manera que los eternos vacilantes [...] Uno tiene que aclararse sobre lo que quiere, hay que preguntarse si uno puede responsabilizarse de ello, y en seguida hay que ponerlo en práctica con una irresistible confianza. Entonces, y sólo entonces, puede uno soportar también las consecuencias"⁸.

Resistencia y sumisión constituye no sólo el título de la obra que comentamos, sino también la actitud ante la vida tal como la concebía su

autor, sufriendo en tensión dialéctica: "dónde se halla el límite entre la necesaria resistencia contra el 'destino' y la igualmente necesaria 'sumisión' [...] no es posible fijar en el terreno de los principios el límite entre resistencia y sumisión, pero ambas han de coexistir y ser practicadas con igual decisión"⁹. Bonhoeffer no tuvo tiempo de hallar las respuestas a sus inquietantes preguntas, esas preguntas que el cristiano – no el hombre religioso – siempre se ha planteado. Casi sesenta años después de su muerte, su vida, su obra y, especialmente, su compromiso, continúan siendo una fuente de enseñanza en el intento de aportar alguna luz a preocupaciones vitales contemporáneas.

NOTAS

* Traducción de la edición original en alemán *Widerstand und Ergebung. Briefe und Aufzeichnungen aus der Haft* por José J. Alemany.

¹ Bonhoeffer, D.; Wedemeyer, M. von, *Cartas de amor desde la prisión*. Madrid, editorial Trotta, 1998.

² Bonhoeffer, D., *Resistencia y sumisión. Cartas y apuntes desde el cautiverio*. Salamanca, Sígueme, 2003, 252.

³ Ibid.

⁴ Ibid, 198-199.

⁵ Ibid, 197.

⁶ Ibid, 209.

⁷ Ibid, 98.

⁸ Ibid, 128.

⁹ Ibid, 158.

Cabrera, Miguel Ángel, *Historia, Lenguaje y Teoría de la Sociedad*. Madrid, Cátedra Universitat de Valencia, 2001, 188 pp.

Por Alejandro Estrella González
(Universidad de Cádiz)

Es bien sabido que la historia, y por extensión las ciencias sociales, se encuentran desde hace años inmersas en una etapa de reflexión teórica. La crítica a la que se han visto sometidas las formas dominantes de hacer historia, vinculada sin duda a lo que se ha venido denominando la 'crisis de la modernidad', ha provocado diversas reacciones entre los historiadores. Entre aquellos que han aceptado el envite ha comenzado a circular de manera más bien dispersa una nueva forma de historiar, tanto en sus fundamentos teóricos como en sus aplicaciones prácticas. En este contexto no podemos sino celebrar la publicación del libro del profesor Miguel Ángel Cabrera y su denodado esfuerzo por recapitular, dar forma y presentar, en el ámbito de la historiografía hispana -por lo demás, alejada

excesivamente de este tipo de debates teóricos- la fase inicial de desarrollo de lo que el autor denomina la 'nueva historia'. Nos encontramos - en palabras del autor- ante un ensayo de historiografía, que pretende reconstruir como se ha gestado una 'nueva teoría de la sociedad' al amparo de dichos debates, así como las implicaciones prácticas que para el quehacer historiográfico supone el trabajar con esta nueva teoría. Partiendo de la tesis de que las bases teóricas, y en concreto la teoría de la sociedad con la que venían trabajando los historiadores durante décadas han sido sometidas a profunda crítica, el autor, apoyándose en figuras de la talla de J. Scott, J. Vernon, o P. Joyce -entre otros-, defiende que estamos asistiendo a un verdadero cambio de paradigma historiográfico. Esta crítica habría desembocado en el abandono del denominado 'modelo teórico dicotómico', así como los debates generados en torno al mismo. En este sentido, los supuestos teóricos de la nueva historia vendrían a superar por fin el secular dilema al que se habría visto abocada la historiografía: subjetivismo-objetivismo, acción-estructura, etc.

La obra se encuentra estructurada en tres partes fundamentales. En el primer capítulo se realiza un recorrido historiográfico por las bases teóricas de los diferentes paradigmas que han dominado el quehacer de la disciplina durante el último siglo. En el capítulo 2 se presenta de manera general la crítica al modelo dicotómico y los presupuestos conceptuales de la nueva historia. Finalmente los capítulos 3 al 5 profundizan de forma más pormenorizada en los diferentes aspectos que constituyen el nuevo paradigma.

La lectura del primer apartado se nos presenta, por tanto, como un preámbulo necesario para comprender como se ha gestado la teoría de la sociedad con la que trabaja la nueva historia. Este periplo comienza con el paradigma de la 'historia tradicional', cuyo fundamento explicativo se ha basado en el concepto de sujeto, entendido como entidad preconstituida y dotado de una conciencia racional autónoma. La sociedad, por tanto, sería concebida como la suma de individuos, asentándose la práctica social sobre las intenciones de éstos, lo que supone para el historiador centrar su labor en la comprensión e interpretación del pensamiento de los actores sociales, privilegiando, en este sentido, el estudio de la política institucional. Este paradigma vendría a ser cuestionado por el de 'la historia social', firmemente asentada en el

mundo académico desde los años 60. En este caso el fundamento explicativo pasaría al concepto de sociedad, entendida como un sistema constituido por una serie de estratos dispuestos verticalmente y gobernados por una causalidad de carácter jerárquico. En este esquema la instancia socioeconómica se constituye como estructura objetiva portadora de significados intrínsecos que dispondría de un mecanismo de funcionamiento con completa autonomía. El sujeto de la historia tradicional pasaría a conceptualizarse como sujeto social, dado que la subjetividad (la conciencia, las identidades, los intereses y las acciones) no sería más que el reflejo de la posición socioeconómica que los individuos ocupan. La historia social, representada fundamentalmente por el materialismo histórico y la escuela de Annales, pasaría por tanto a privilegiar como objeto prioritario de análisis los fenómenos sociales y económicos, aunque la concepción jerárquica de sociedad con la que trabajaban les permitiría ambicionar la elaboración de una historia total. No obstante, desde los años 80 y en el interior de este paradigma comenzó a articularse una actitud crítica hacia la teoría de la sociedad defendida por el modelo objetivista que cristalizó en lo que se ha denominado 'historia sociocultural'. Cada vez más historiadores sociales se habrían encontrado incómodos con un modelo que relegaba todo lo concerniente a la conciencia a un epifenómeno de la estructura socioeconómica, lo que les llevó a interesarse por el estudio de la cultura y a un acercamiento paulatino a la antropología. Este viraje se tradujo en una continua flexibilización de la determinación causal de la esfera cultural por el ser social, lo que supuso pasar de una relación unívoca entre ambas instancias a una interacción mutua o dialéctica. Para la historia sociocultural, tanto la historia tradicional como la historia social no habrían captado la complejidad de los fenómenos sociales al pasar por alto, la primera, el constreñimiento externo de la acción y la dimensión social de los sujetos; y la segunda, el hecho de que la esfera subjetiva o cultural tiene un efecto constitutivo sobre la realidad objetiva, pues si bien la vida social se encuentra materialmente condicionada, dicho condicionamiento no opera sobre la conducta de forma mecánica o directa, sino por mediación con el utillaje cultural del que disponen los individuos. El uso de nuevas categorías como las de experiencia o representación permitirían captar esa mediación simbólica, esa práctica mediante la cual los individuos aprehenden y organizan significativamente la realidad. En este

sentido, aunque lo social establezca los límites y las posibilidades de la conciencia, las identidades y los intereses, éstos sólo se hacen manifiestos históricamente y se traducen en acción cuando los sujetos los activan en el curso de esa práctica cultural. Como consecuencia, el análisis histórico pasaría a priorizar el estudio de las prácticas antes que el de las estructuras sociales, lo que supone prestar mayor atención a los dispositivos culturales que posibilitan la experiencia, a las situaciones vividas y a las estrategias singulares.

Para el profesor Cabrera el aparato conceptual de la historia sociocultural supone una profunda reformulación teórica de los paradigmas tradicional y social, revelándose para la disciplina una etapa especialmente fructífera. Sin embargo, la historia sociocultural jamás abandonaría el modelo dicotómico convencional, al seguir considerando que sociedad e individuo, estructura y acción o simplemente objetivismo y subjetivismo, son los componentes primarios de los procesos históricos. Por tanto la disciplina no habría llegado a superar esta permanente confrontación que tendría como resultado un "eterno movimiento pendular" en el que el fortalecimiento de uno de los términos suponía el debilitamiento del otro. No obstante, el autor considera que la disciplina está entrando en una nueva etapa caracterizada por la superación de dicho modelo, dado que se ha empezado a considerar que dichas instancias no son primarias y por tanto, no pueden ser tomadas como base de la teoría social.

El fundamento explicativo de la 'nueva historia' pasa a ser la noción de discurso, entendida no como los significados que los individuos dan a la realidad social, sino como la red de categorías y reglas de significación que permiten dicha operación. A diferencia de los paradigmas anteriores para los que no existe una diferencia ontológica entre categorías y significados, la nueva teoría reconoce en la primera la existencia de una esfera social específica dotada de una lógica histórica propia y con capacidad para actuar en la producción de significados.

La formulación de esta nueva esfera tiene profundas consecuencias sobre las nociones en las que se asienta el modelo dicotómico. Respecto a la noción de objetividad la nueva teoría supone la distinción ontológica entre hechos y objetos, entendiendo que los primeros son el soporte material sobre el que interactúa la

matriz discursiva para dotarlos de significado, dando lugar, mediante un proceso de diferenciación, a los segundos, que sólo ahora, conceptualizados como objetos, condicionarían la conducta. Por tanto, si la realidad social no goza de un significado intrínseco sino que deviene objeto, o más bien se articula en tanto que entidad significativa mediante un proceso de interacción discursiva, no podemos seguir considerándola como poseedora de propiedades naturales de carácter estructural o sistémico con capacidad para establecer relaciones de causa-efecto entre sí. Evidentemente, la problematización del concepto de sociedad no implica la negación de su existencia y sus determinaciones, sino que ésta sólo deviene estructura objetiva y se relaciona causalmente con la práctica en las circunstancias históricas en las que ha sido articulada significativamente como 'sociedad'. Lo mismo cabría decir de la subjetividad, que dejaría de ser un yo racional, un reflejo o una representación de lo social para constituirse en efecto de esa mediación discursiva entre la realidad y la matriz categorial. Así, conceptos como el de experiencia, que habían mostrado su gran potencial heurístico han sido sometidos por la nueva teoría a una profunda revisión. Si para la historia sociocultural la experiencia que los individuos tienen del mundo permite comprender como emerge la subjetividad, para la nueva historia ese mundo ha sido articulado significativamente, por lo que la experiencia que los individuos tengan del mismo no puede sino haber sido forjada por dicha mediación discursiva. En este sentido los sujetos se constituyen, no a través de la experiencia que los individuos tienen de la realidad social sino a partir de una construcción significativa de dicha experiencia; y de aquí que la experiencia no puede ser el fundamento causal de la conciencia, ni la que defina los intereses, cree la identidad o dirija la acción social. Es el marco discursivo el que permite que los individuos experimenten y conciban la realidad social y su posición en ella de una determinada manera, a partir de la cual articulan sus intereses, construyen su identidad como agentes sociales y dan significado a su acción.

La ruptura del modelo dicotómico y su sustitución por la tríada realidad-discurso-conciencia ha supuesto un cambio en la orientación de los análisis históricos. El objetivo ha pasado de ser el de determinar el grado de adecuación entre las instancias fundamentales del modelo dicotómico a identificar el patrón

categorial que opera en cada caso, desentrañar el proceso de mediación discursiva y evaluar sus efectos sobre las relaciones sociales. En este sentido el autor plantea como tarea fundamental de la presente investigación histórica abordar el análisis del proceso de formación de los propios conceptos y de las relaciones que se establecen entre ellos.

Planteado en estos términos y consciente de las susceptibilidades que ha despertado la nueva teoría, Miguel A. Cabrera nos pone en guardia ante posibles interpretaciones superficiales que ubican la nueva historia en un retorno al subjetivismo y al idealismo. En este sentido se destaca que la nueva historia no supone una especie de textualismo o de determinismo lingüístico que implique la existencia de una metacategoría ahistórica que se encuentra situada en algún lugar recóndito de la mente humana y que la vida social sea producto de ella. Lo que se afirma es que existe en la práctica una esfera social con una lógica propia que surge de la interacción significativa de los individuos y el mundo. Que estas dos instancias no poseen un significado esencial que está esperando ser desvelado, sino que ambas adquieren significado y pasan a ser operativas a través de la mediación discursiva. Y finalmente que esta mediación nunca será captada si atendemos únicamente al discurso, pues no es este el que genera los significados, sino la interacción entre el referente real y la matriz categorial.

Cobo Romero, Francisco, *De campesinos a electores. Modernización agraria en Andalucía, politización campesina y derechización de los pequeños propietarios y arrendatarios. El caso de la provincia de Jaén, 1931-1936*. Madrid, B. Nueva, 2003, 358 pp.

Por David Molina Rabadán
(Universidad de Cádiz)

El estudio acerca de la Guerra Civil goza, en estos momentos, de una notable pujanza. El debate social y político sobre la recuperación y gestión de la memoria; la avalancha de títulos en las librerías sobre este evento y sus prolegómenos y consecuencias; el éxito y aceptación de aquellos entre el público, a juzgar por los niveles alcanzados de ventas y la puesta en marcha de numerosos proyectos de investigación, tesis, iniciativas culturales... relacionados con esta etapa de la historia de nuestro país, avalan esta afirmación.

Pero algunos de los libros que finalmente llegan a los escaparates, tienen varios rasgos en común que rebajan en algo la valía de sus contenidos. No se trata sólo del hecho de que sus autores dispongan de una formación ajena a la metodología de la disciplina de la historia. A consecuencia de ello, adolecen de una visión profunda y ordenada, una metodología coherente y sólida y una capacidad de reflexión serena, incisiva y realista. Los prejuicios, las conclusiones apresuradas, las contradicciones y la aceptación acrítica de postulados cuya verosimilitud es más que dudosa son sus "marcas" más acostumbradas, y negativas para la correcta comprensión de unas cuestiones, como dice el autor de este libro que vamos a tratar, "[...] todavía hoy, tan sorprendentemente vivas".

La conformación de la identidad de un Estado democrático como el nuestro, necesita de un acercamiento al pasado solvente y alejado de extremismos, que ayude a resolver, desde la medida y el sentido común, las dudas y polémicas que una experiencia tan convulsa como la de España en el siglo XX ha provocado y que hoy todavía reclaman respuesta. Afortunadamente, esta obra del profesor Cobo Romero, es una aportación significativa y loable para el esclarecimiento de estos avatares que periódicamente vuelven al escenario de la actualidad. El libro *De campesinos a electores...* es por variadas y buenas razones una contribución al panorama de la historiografía contemporánea española de indudable relevancia. Es, sobre todo, el fruto de un esfuerzo continuado que ya ha dado anteriormente trabajos de comparable calidad y el aviso de la llegada de otros para el futuro. La constancia revelada por esta tendencia en su trayectoria profesional es la muestra de una visión intelectual ambiciosa e iconoclasta, superadora de paradigmas ya desfasados. Algo que contrasta vivamente con el panorama anteriormente descrito de los estudios sobre la Guerra Civil, donde una y otra vez se resucitan viejos clichés que, creyéndolos enterrados, el historiador los encuentra de nuevo andando. Los muertos que vos matasteis, gozan de buena salud...

Esta obra ante todo destaca por sus análisis en profundidad y con perspectiva. El título podría hacer pensar que se trata de otro estudio más sobre la Segunda República y las circunstancias que llevaron al posterior enfrentamiento fratricida. La realidad es que el lector se